

# MIRET MAGDALENA

**LA VIA DEL REALISMO** Todavía —para nuestra desgracia— el hombre vive de mitos. Y el español, también.

El mito fue, en otras culturas, un medio imperfecto y acientífico de conocimiento. Hoy debemos procurar, sin embargo, por todos los procedimientos, deshacernos de estas andaderas anticuadas, porque nuestra cultura quiere ser mayor de edad.

No obstante, Freud —uno de los investigadores que más hicieron por derrocarlos— los utilizaba para hacer sensible y, por tanto, asequible, una idea real. Pero no se aferraba, como a un clavo ardiendo, a su letra, sino al transfondo que ella significaba. Por eso muchos no le entienden y le combaten equivocadamente.

Igual quiero hacer yo, usando un mito religioso para expresar mi idea. Paul Bourget, el novelista católico francés de fin de siglo, llegó a plasmarlo en una novela que tituló *Némesis*. Su nombre lo tomó de la antigua diosa Némesis de la mitología griega, la cual representaba la ley de compensación que se creía que para todo existe en el mundo.

Según el pensar de la cultura helena —y, ¿cuántos lo piensan también hoy?—, todo se compensa; cualquier exceso en la vida tiene fatalmente su contrapartida. De ahí que no cabe —aceptando esa imagen del mundo— más actitud que la *moderación*.

En nada debemos exagerar, según eso. «Nada demasiado», fue la máxima de Pítago, uno de los siete sabios de Grecia. Y Aristóteles montó su *Ética a Nicómaco* con la virtud del término medio. Para él nadie era moral si no se convenía totalmente de que en su conducta ningún extremo era bueno; propugnaba que sólo los promedios y las medias tintas eran morales.

Lo mismo que en los tiempos de tendencia aburguesada como el nuestro. La virtud de la mediocridad, del término medio y de la moderación es lo que impera.

No hay mucha cultura, pero sí un barniz. Hay libertad exterior a veces, pero no siempre hay toda la libertad real deseable; aunque sí la suficiente para sentirse egoístamente satisfechos muchos. No hay mucho disgusto, pero sí alguno. No hay mucha fe; pero sí una moderada dosis de creencia. No hay mucha cooperación social; pero sí una ligera cantidad de sentido social en cualquier frase.

De ahí la evidente semejanza de nuestra época —en este aspecto— con la del paganismo de Grecia y Roma anterior al cristianismo.

Sin embargo, los creyentes hemos de tener cuidado de no inficionarnos de este virus que nos vacuna contra toda actitud plena, auténtica hasta el fondo. Porque fácilmente llamamos virtud a la del paganismo, a la de los términos medios. Y olvidamos que esa actitud ética no es la que debía corresponder a una época postcristiana.

El cristianismo se cansó de decir —sin ser apenas escuchado— que el amor —la caridad de los antiguos— no tenía límites. Su norma era: cuanto más, mejor. Lo mismo que la justicia, la cooperación y todo lo que desarrolla al hombre social, no al hombre egoísta, que fue el único conocido por el ideal pagano de la vida y que parece el *non plus ultra* de la perfección para bastantes creyentes bien situados, porque son muchos los que todavía no han sido bautizados nada más que por el agua, pero no por el espíritu, como pedía, sin embargo, el Evangelio.

Lo curioso es que todo esto fue aclarado sin dejar lugar a dudas por el mejor y más popular pensador católico medieval: Santo Tomás de Aquino. Y, sin embargo, a este santo lo tenemos como al patrono de la actitud de los términos medios, de eso que en palabras vulgares se entiende por «prudencia».

Pero la inconsecuencia es grande y yo diría trágicamente fatal: porque precisamente para este pensador de la Edad Media lo que significaba esta palabra era todo lo contrario de lo que piensa hoy la gente.

El creía que la moderación sistemática no era sinónimo de prudencia, sino su falsa caricatura. La prudencia —bien entendida— era justamente la ley del realismo: escoger el medio más adecuado, más coherente y, por tanto, más eficaz para conseguir el fin que uno se propone. Y el medio más eficaz no es casi nunca el término medio, aunque alguna vez, por excepción, pueda serlo.

El valiente ante el peligro es el más prudente, según él. Y no lo es, en cambio, el pusilánime, el temeroso; ni el que se evade por sistema y jamás asume una responsabilidad o un compromiso.

Tampoco lo es el agitado, el ingenuo que sólo confía por sistema en sus actitudes crispadas. Porque la serenidad —ausente de temores— es el único camino de la eficacia, que es la medida del verdadero prudente, del realista. Y el realista no tiene ningún sistema infalible para acertar en su actitud práctica; sólo tiene a mano su inteligencia sin prejuicios, serena y decidida.

Por eso el que sigue este camino realista no tiene ninguna receta previa para resolver, por un camino único, los problemas que le presenta la vida; ni dispone de fórmulas hechas que le aseguren la mejor actitud ante cualquier conflicto. Necesita aguzar su inteligencia, sopesar los hallazgos de la ciencia psicológica y de las ciencias sociales para utilizarlos como los instrumentos más eficaces para conseguir lo que se propone.

Un hombre que cuando se le echa encima un automóvil se para ante él a reflexionar lo que debe hacer es un imprudente. Uno que, para transformar la sociedad, improvisa, lo es también; porque no hace como Lenin —independientemente de su ideología concreta—, que se encerraba en las bibliotecas de Suiza, durante su exilio —como he recordado otras veces—, para aprender economía y sociología con el fin de orientar los problemas del subdesarrollo humano de su lejano país en cuanto tuviera ocasión. Lo mismo que otro que se refugie en las teorías para no decidirse nunca por una actitud concreta ante la vida es un evadido, un utópico. O el que dedicado a la enseñanza olvida que Alain —el educador que más impronta produjo en Francia— no quiso pasar nunca de profesor de segunda enseñanza, a pesar de los ofrecimientos que le hicieron de brillar con atractivos oropelos académicos: la eficacia fue su norte.

No existe el cuadro claro, cartesiano, que nos descubra de una vez para todas lo que debemos hacer en cada circunstancia histórica.

La única regla que tenemos no es una idea, sino una pasión: la pasión por la eficacia. Y esa —aunque parezca paradójica— es la enseñanza básica de la moral evangélica, que es una moral realista. Bien distinta, por supuesto, de la que ha gobernado los hechos de los cristianos a través de la historia, que frecuentemente han sustituido esta actitud radical por la postura moderada de los términos medios o la ingenua del sermón que se desahoga sin comprometerse, aunque sea violento de palabra.

La postura radical —hay que recordarlo— va al fondo de las cosas y no cree haberlo resuelto todo con simples cambios externos por más violentos que parezcan.

Ante los problemas todos —sociales, cívicos y religiosos— del momento, sepamos aprender esta vía del realismo, dejando de lado las complacencias sistemáticas por un lado o las crispaciones ineficaces por otro. Sin olvidar nunca que la tentación permanente del burgués cristiano —el más difundido— es caer en la moderación y la del progresista ingenuo caer en la ineficacia.